

bición de Galerio, el odio de César contra Constantino y los fieles, y en fin, el nombre y los proyectos de Hierocles, me he apresurado á hacerlo; de modo que el asunto principal no se aparta nunca de la vista.

El emperador Valeriano, de quien se habla aquí, fue hecho prisionero por los partos y desollado vivo, segun dicen algunos, y segun otros, despues de muerto.

xxvi.—Pág. 29. Entro animosamente en la caverna.

Contaba yo muy poco con el buen éxito de este trozo, y no obstante ha sido bien recibido. Segun la historia, es muy probable que Prisca y Valeria fueran cristianas. Hay que advertir que las catacumbas que yo describo son las que tomaron mas adelante el nombre de San Sebastian, por haber sido enterrado en ellas este mártir; y el mismo Sebastian está ahora presente al sacrificio. El bello sepulcro de Cecilio Metelo se halla en efecto donde yo lo coloco. Todo esto es exacto y hecho á la vista de los mismos sitios descritos. Mr. De Lille habia pintado las catacumbas desiertas; y así no me quedaba otro recurso que representar las catacumbas habitadas, para no empeñarme en una lucha harto desigual con un gran poeta y con unos hermosos versos.

xxvii.—Pág. 30. Es ese griego, vástago de una raza rebelde al pueblo romano.

A proporción que va creciendo la rivalidad entre Eudoro y Hierocles, la amistad de aquel y de Constantino, y el odio de Galerio á los cristianos, va debilitándose la energia de Diocleciano; así pues, la narracion está íntimamente ligada con la accion.

xxviii.—Pág. 30. Tan poderosa es la fuerza de la costumbre y tal el encanto que ocultan los lugares célebres....

Yo mismo, al partir de Roma, esperiménté vivamente este sentimiento. De todos los lugares de la tierra que he visitado, Roma es el único á donde quisiera regresar; el único donde viviria gustoso.

xxix.—Pág. 30. La via Casia, que me conducia á la Etruria....

Los pormenores de este viaje son verdaderos. No creo haya viajero alguno que no reconozca á Radigofanini en estas palabras: *erizada de agudas rocas*, en este torrente que vuelve atrás veinte y dos veces, y que cuando corre arrastra su misma madre. Los montecillos cubiertos de brezos son la Toscana.

xxx.—Pág. 31. No puede decirse en qué direccion se deslizan sus aguas.

«Flumen est Araar..... incredibili lenitate, ita ut oculis in utram partem fluat, judicari non possit.» (CAES. de belli. Gall.)

Ubi Rhodanus ingens amne prærapido fluit,
Ararque dubitans quo suos cursus agat
Tacitus, quietus alluit ripas vadis.

SEN., in Apocolocintosi.

Fulmineis Rhodanus qua se fugat incitus undis,
Quaque pigro dubitat flumine mitis Arar;
Lugdunum jacet, etc.

JUL. CAES., Scaliger.

xxxi.—Pág. 31. Cuya ciudad es la mas populosa y bella de las tres Galias.

Treveris.

LIBRO SESTO.

i.—Pág. 31. La Francia es una comarca salvaje.

La Francia de los antiguos tiempos, ó el país de los francos, no era la Francia actual: lo que al presente llamamos Francia, es propiamente la Galia de los antiguos. Yo he citado como autoridades en el prefacio, el Mapa de Peutingger, y á San Gerónimo en la Vida de San Hilarion. La Tabla-Mapa de Peutingger es una especie de libro de postas de los antiguos, compuesto verosimilmente en el siglo IV. Habiéndolo hallado un amigo de Peutingger, jurisculto de

Augsburgo, fue publicado en Venecia en 1591. Consiste en unas largas tiras de papel, sobre las cuales se ven trazados los caminos del imperio romano, con los nombres de los países, de las ciudades y de las casas de postas; pero todo sin division, sin meridiano, sin longitud ni latitud. La palabra Francia se halla escrita al otro lado del Rhin, en el paraje que yo designo.

He aquí las palabras de San Gerónimo: «Entre los sajones y los germanos se encuentra una nacion poco numerosa, pero muy valiente. Los historiadores llaman Germania al país que habita esta nacion; mas en el dia se le da el nombre de Francia.» (In vit. S. Hilar.)

«La nacion de los Celtas, dice Libanio, habita mas allá del Rhin, en la costa del Océano. Aquellos bárbaros se llaman Francos, porque sufren muy bien las fatigas de la guerra.» (In Basil.)

ii.—Pág. 31. Los pueblos que habitan este desierto, son los mas feroces de los bárbaros.

«Los francos, dice Nazaris, sobrepujan en ferocidad á todos los pueblos bárbaros.» Segun el autor anónimo de un panegirico pronunciado en presencia de Constantino, «no era facil vencer á los francos, pueblo que se alimentaba de la carne de las fieras.»

iii.—Pág. 31. Miran la paz como la mas dura esclavitud cuyo yugo pueda serles impuesto.

«La paz es para los francos una horrible calamidad.» (LIBAN, Orat. ad Constant.)

iv.—Pág. 31. Los vientos, las nieves, las escarchas son sus delicias.

«Los francos están en medio del mar y de las tempestades, tan tranquilos como si se hallasen en tierra; y prefieren los hielos del Norte á la dulzura de los climas mas agradables.» (LIBAN, loc. cit.) Esta frase del testo: *y podria decirse que han visto el fondo del Océano, etc.* se apoya en un pasaje de Sidonio Apolinario. (Lib. VIII, epist. ad Namm.)

v.—Pág. 31. Se mostró por primera vez.... bajo el reinado de Gordiano el Piadoso....

Desde el año 241 hasta el de 247. (Véase á FLAV. VOPISC., cap. VII.)

vi.—Pág. 31. Los dos Decios perecieron en una expedicion contra ella.

(Véase el prefacio y CHRON. PASCHAL.)

vii.—Pág. 31. Probo.... se condecoró con el glorioso título de Francico.

(Vide FLAV. VOPISC., cap. XII, in vit. Prob.)

viii.—Pág. 31. Presentóse á la vez tan noble y tan temible....

Este hecho tan curioso se lee en una obra del emperador Constantino Porfirogeneto, el cual dice que Constantino el Grande fue el autor de la ley que permitia á los emperadores romanos entalzarse con la sangre de los francos. (De admin. imp.)

ix.—Pág. 31. Los terribles francos acababan de apoderarse de la isla de Batavia.

Hecho histórico. (Véase el panegirico pronunciado delante de Max. Here. y Const. Cl., cap. IV.)

x.—Pág. 31. Entramos en el suelo pantanoso de los bátavos.

«Terra non est.... Aquis subjacentibus innatat et suspensa late vacillat.» (EVM. Paneg. Const. Cæs.)

xi.—Pág. 31. Las trompetas del campamento hacian resonar el toque de diana.

Nuestros ejércitos han conservado la diana. Tocábase la trompeta siempre que se mudaba la guardia, ya fuese de dia ya de noche.

xii.—Pág. 31. El centurion que se paseaba.... balanceando su baston de cepa.

La insignia del centurion era una vara de sarmiento, que le servia para mandar ó castigar á los soldados. El centurion tuvo al principio á sus órdenes cien hombres, cuando la legion constaba de tres mil plazas; pero cuando esta se aumentó hasta cuatro mil, fue reducido á cincuenta hombres el número de los que tenia el centurion bajo sus órdenes. En cada manipulo habia dos compañías de sesenta hombres cada una. El primer centurion del ejército tenia asiento en el consejo de guerra, y no recibia órdenes sino del general ó de los tribunos.

xiii.—Pág. 31. Al inmóvil centinela que... tenia un dedo levantado en actitud de silencio.

Así explica Montfaucon en las Antigüedades romanas, la actitud de algunos soldados.

xiv.—Pág. 31. Al victimario que sacaba el agua para el sacrificio.

El victimario preparaba las cuchillas, el agua y las tortas para el sacrificio; iba medio desnudo, y llevaba una corona de laurel. Habia en cada campamento romano un altar junto al tribunal de césped donde se sentaba el general. Las tiendas eran de pieles, de donde vino la expresion *sub pellibus habitare*. Estaban dispuestas paralelamente, formando calles regulares y cruzándose en ángulos rectos. Los campamentos romanos eran de forma cuadrada; los griegos, y sobre todo los lacedemonios, hacian los suyos de figura redonda.

xv.—Pág. 32. Repetian en otro tiempo los versos de Eurípides.

Despues de la derrota y muerte de Nicias, delante de Siracusa, muchos atenienses que habian caido en la esclavitud, alcanzaron su libertad en premio de los versos de Eurípides, que recitaban á sus amos, pues la fama de este eunimemente trágico empezaba ya á penetrar en Sicilia.

xvi.—Pág. 32. La legion de Hierro y la Fulminante....

La legion romana constó sucesivamente de tres, cuatro, cinco y seis mil hombres, comprendidas las diferentes especies de soldados armados que aquí designo; los hastados, los principes y los triarios. Los vexilarios venian á ser los porta-estandartes. El orden de estos soldados en la linea no fue siempre el mismo. La legion se dividia en dos cohortes, cada cohorte en tres manipulos, y cada manipulo en dos centurias. Además de su número ordinal, llevaba tambien la legion un nombre tomado de sus divinidades, de su país ó de sus hazañas. (POLTB. lib. VI, VEC., lib. II.)

xvii.—Pág. 32. Estas enseñas estaban perfumadas.

Las águilas eran el distintivo de la legion, y las cohortes tenian tambien sus insignias particulares: el dia del combate las adornaban de ramaje, y algunas veces las perfumaban: lo que sugirió á Plinio una hermosa declamacion: «Aquila certe ac signa pulverulenta illa, et custodibus horrida, inunguntur festis diebus: utinamque dicere possemus, quis primus instituit. Ita est, nimirum hac mercede corrupta terram orbem devicere aquila. Ista patrocinia quarimus vitiis, ut per hoc jus sumantur sub casside unguenta.» (PLIN., Hist. Nat. lib. XIII, cap. IV, 5.)

xviii.—Pág. 32. Los Hastados.

Respecto de estos guerreros, véase la nota XVI.

xix.—Pág. 32. Estaban llenos de máquinas de guerra.

La catapulta, la balista, la grua, los arietes, las torres con ruedas; y en las naves los cloques, los picos de bronce y los garfios de hierro. En las batallas solo empleaban las catapultas y las balistas; las demás máquinas estaban destinadas á los asedios de puntos fuertes.

xx.—Pág. 32. En el ala izquierda de las legiones, la caballeria de los aliados desplegaba su movible cortina.

El órden, el número y las armas de la caballeria variaron entre los romanos, segun los tiempos. La caballeria, ya unida con la legion, ya formando un cuerpo separado, tomó hácia el fin de la república el nombre general de *ala*, porque servia en los flancos. La caballeria mas numerosa de los romanos era la de los aliados, y diferia necesariamente en armas ofensivas y defensivas, segun el pueblo á que pertenecia; he procurado espresar esta circunstancia con toda la exactitud posible.

xxi.—Pág. 32. Dominando corceles de atigrada piel, y veloces cual las águilas.

Segun Estrabon, los caballos de los celtiberos (los españoles), igualaban en velocidad á los de los partos, y tenian generalmente el pelo gris ó atigrado. (ESTRABON, libro III). Diodoro pondera tambien la caballeria española (libro V). Dicen estos dos autores que los celtiberos llevaban casi todos un manto de lana negra; (*id. id.*) y segun Estrabon (*loc. cit.*), un casco ú especie de sombrero tejido de nervios, que terminaba en tres penachos. Diodoro asegura que estos penachos eran de color de púrpura (*loc. cit.*) Estrabon da á los celtiberos unos venablos cortos. La espada ibérica era famosa por su temple, y segun el testimonio de Estrabon, no habia casco ni escudo que resistiese á sus filos.

xxii.—Pág. 32. Los germanos, hombres de gigantesca estatura....

Julio César y Tácito nada dicen de la gorra y de la maza que doy aquí á los caballeros germanos (CÆS., de Bell. Gall., lib. IV; TACIT., de Mor. Germ.) No puedo recordar la autoridad original donde he leído estos pormenores, pero en la Historia de Francia antes de Clodoveo, Mezeray da á esta maza el nombre de *cateies*.

xxiii.—Pág. 32. A su espalda, algunos ginetes númeradas....

Muchas piedras grabadas y las monedas antiguas de Africa, ya púnicas ya romanas, representan así al caballero númerada.

xxiv.—Pág. 32. Bajo de sus sillas adornadas de marfil.

No hay que tomar aquí esta palabra *sillas* en el sentido en que la tomamos en el dia. La silla propiamente dicha no era conocida de los romanos en el siglo IV; pues estos solo tenian un pequeño asiento, fijo en el lomo del caballo por medio de un pretal y una grupera. Estas sillas no tenian estribos. Aunque en Virgilio se habla de bocado ú freno, no por esto es cierto que la caballeria romana usase de bridas. En cuanto á los guantes, su uso sube á la mas alta antigüedad: Homero los da á Laertes, en la *Odisea*, y los persas los llevaban, como nosotros, para el aseo.

xxv.—Pág. 32. Todos aquellos bárbaros tenian la cabeza erguida, vivo el color....

Consúltese á César, libros I, IV y VI; á Diodoro, lib. V, y á Estrabon, lib. VI y VII.

xxvi.—Pág. 32. Azules los ojos, fosca y amenazadora la mirada.

«Luminum torvitate terribiles,» dice Amiano Marcelino, (Véase tambien á Diodoro, *loc. cit.*)

xxvii.—Pág. 32. Su túnica.... de pedazos de púrpura, y un áspero cinturón de cuero ceñia á su costado su fiel espada.

La Galia Narbonense se llamó mas antiguamente *braccata*, del nombre de este traje galo. «Los galos, dice Diodoro, visten muy estrañamente, pues llevan unas túnicas pintadas de toda suerte de colores, y sobre ellas se ponen un sayo listado. (Diodoro, lib. V. Véase tambien á Estrabon, lib. III.) El nombre francés *sayon* (sayo) viene de *sagum*, sacco. El *sarrau* (saco) de los labradores franceses es el verdadero *sagum* de los galos.

xxviii.—Pág. 32. La espada del galo jamás le abandona.

La espada era el arma distintiva de los galos, como la francisca ó hacha de dos cortes era el arma peculiar del franco. Los galos llevaban la espada colgando sobre el muslo derecho y prendida de una cadenilla de hierro ó de un cin-

turon. (Véase á DIONORO, lib. V, á ESTRABON, lib. IV.) El galo juraba sobre su espada: esta arma la clavaban en medio del *mallus* ó consejo; no podía darse en prenda la espada de un guerrero: por fin, era costumbre entre los galos y los germanos, el quemar las armas del difunto en su hoguera fúnebre. (Véase á CESAR, libro VI: á TÁCITO, de *Mor. Germ.*; y *Leg. Longob.*, lib. II.) Segun César, eran quemadas también en los funerales las personas á quienes el difunto había querido, *quos dilectos esse constabat*.

XXIX.—Pág. 32. Una legion cristiana....

He aquí á los cristianos de nuevo en la escena. Parece que esta vez nadie los ha encontrado aquí fuera de su lugar. Mandados estos, por decirlo así, por un francés, pues San Victor, mártir, era de Marsella, tienen los franceses algun derecho á la gloria de este asunto. Este santo, despues de haber sido azotado con varas y crucificado por la religion de Jesucristo, fue últimamente molido con una rueda de molino, *lo mismo que si fuese trigo*, dicen las actas de su martirio.

XXX.—Pág. 32. Los cretenses..... ocupábamos nuestros puestos al son de la lira.

Esto no es un giro poético, sino la pura verdad; los cretenses regulaban al son de una lira la marcha de sus guerreros.

XXXI.—Pág. 33. Adornados con pieles de osos.

Este no era el traje de los francos, sino su adorno. Todos los bárbaros de la Germania y aun antes que ellos los galos, se cubrían de pieles de fieras, como lo cuentan CESAR de *Bell. Gall.* lib. VI y TÁCITO de *Mor. Germ.* 6, 7, etc. El uroco de que aquí se habla, y de que los autores latinos llaman *urus*, era una especie de toro bravo, del cual hablaremos en otra parte.

XXXII.—Pág. 33. Una túnica corta....

Todo este párrafo lo he tomado de Sidonio Apolinario, en su *Panegirico de Mayoriano*, que es el documento mas antiguo que tenemos acerca de las costumbres de nuestros padres; y yo lo he traducido casi literalmente del testo. Peleutier pregunta donde ha encontrado Mezeray que los francos tuviesen los ojos verdes; y cita una palabra griega que quiere decir azul, y que Mezeray ha interpretado mal, segun él dice. Pero Peleutier se engaña: Mezeray no ha traducido aquí ni á Estrabon ni á Diodoro, que no podían hablar de los francos, ni á Agatias ni á Ana Comnena; sino que tenia sin duda á la vista el pasaje de Sidonio, de que yo me he servido. He podido, pues, decir poéticamente, *ojos del color de una mar borrascosa*, autorizado de una parte por los versos de Sidonio, que dan ojos verdosos á los francos, y de otra por el testimonio de toda la antigüedad, que habla del mirar terrible de los bárbaros. Obsérvese que las pelucas á la moda de Luis XIV, cuyo pelo caía hácia delante sobre los hombros, tenían cabal semejanza con la cabellera de los francos. Hablaré mas adelante del venablo, llamado *angon*, palabra que se encuentra además en el Diccionario de la Academia. Ana Comnena nos ha dado la descripción de un franco ó francés, bastante curiosa para que merezca un lugar aquí: véase en ella la fisonomía de un bárbaro al través de la imaginación de una griega. «La presencia de Boemundo deslumbraba los ojos tanto como su fama pasmaba el entendimiento. Su estatura era tan aventajada, que escedía de un codo á la de los mas altos. Era delgado hácia el vientre y los costados, y grueso hácia las espaldas y el estómago; sus brazos eran fuertes y robustos. No estaba demasiado flaco ni demasiado gordo, sino en un justo medio, como el que Policetes daba ordinariamente á sus obras, que eran un fiel remedo de la perfección de la naturaleza. Sus manos eran grandes y llenas, y sus piés firmes y sólidos. Iba algo encorvado, no por defecto alguno del espinazo, sino por un hábito que habia contraído en su juventud, como señal de modestia. Todo su cuerpo era blanco; pero se veía en su rostro una agradable mezcla de este color y de encarnado. Su rubia cabellera le cubría las orejas, sin llegarle á los hombros, á la usanza de los bárbaros. No pude distinguir el verdadero color de su barba, porque la llevaba muy afeitada. Tenia los ojos azules, y al parecer rebosando ira y orgullo. La nariz la tenia muy abierta, por que, como su estómago era muy capaz, convenia que su pulmon atrajese gran cantidad de aire para moderar el calor de aquel. Su buen aspecto ofrecia un no sé qué de dulce y embelesador; pero la altura de su talla y la arrogancia de sus miradas tenían algo de feroz y terrible. Con

su sonrisa inspiraban tanto terror como otros con su cólera.» (AN. COMN., lib. XIII, Cap. VI.)

XXXIII.—Pág. 33. Estos bárbaros..... se habian formado en ángulo.

Acies per cuneas componitur. (TÁCITO, de *Mor. Germ.* VI.)

XXXIV.—Pág. 33. En el vértice de este triángulo estaban colocados los valientes.

Et aliis germanorum populis usurpatum rara et privata cujusque audentia, apud Catos in consensum vertit, ut primum adoleverint, crimen barbaque summittit, nec nisi hoste caeso, exuere Sotivum obligatumque virtuti eorum habitum.... fortissimus quisque ferreum insuper annuul nominiosum id genti velut vinculum gestat, donec se caedet hostis absolvat.

TÁCITO, de *Mor. Germ.* XXXI.

XXXV.—Pág. 33. Cada jefe de aquel numeroso cuerpo estaba rodeado de los guerreros de su familia.

Quodque precipuum fortitudinis incitamentum est, non casus nec fortuita conglobatio turmam aut cuneum facit, sed familiae et propinquitates; in in proximo pignora, unde feminarum ululatus audiri unde vagitus infantium.

TÁCITO de *Mor. Germ.* VII.

XXXVI.—Pág. 33. Cada tribu se agrupaba bajo un símbolo.

Efflesque et signa quadam de tracta lucis in prelium ferunt. (id.) Yo coloco aquí el origen de las armas de la monarquía.

XXXVII.—Pág. 33. El anciano rey de los sicambros.

Aquí, si se quiere, habrá un anacronismo, ó se dirá tal vez que es un Faramundo, un Clodion, un Meroveo, ascendiente de los principes de este nombre, que vemos en la historia. Se sabe por otra parte que ha habido muchos Faramundos, y acaso este nombre no era mas que el de la dignidad. (MONTFAUCON, *Antiq.*) No puedo menos de reconocer la justicia y la buena fe de la critica. Todo ha sido aprobado en este libro, hasta los anacronismos, de que nadie ha hecho mención; y por otra parte me han censurado por el nombre de Veiteda, que nada tiene que ver con la Veiteda de Tácito.

XXXVIII.—Pág. 33. Al ver sus cascos en forma de bocas abiertas....

«Todos los caballeros cimbras llevaban cascos en figura de fauces abiertas y de hocicos de toda especie de animales feroces; y coronándolos con unos penachos á manera de alas y de elevación prodigiosa, parecían aun mas altos. Iban armados con corazas de hierro muy brillante, y se cubrían con escudos blancos.» (PLUTARCO, *in vit. Mar.*) Yo atribuyo á los francos lo que Plutarco cuenta de los cimbras; pero estos habian habitado en la costa del Océano septentrional, como los francos; y todos los bárbaros que invadieron el imperio romano, exceptuando los hunos, tenían una infinidad de costumbres semejantes.

XXXIX.—Pág. 33. Atrincherado con barcas de cuero y carros uncidos á enormes bueyes.

Tácito habla de unos ligeros bateles de dos proas de cierta nación germana que habitaba en las costas del Océano. Sidonio Apolinario, en el *Panegirico de Avito*, dice que las embarcaciones de los sajones estaban cubiertas de pieles. En cuanto á los carros, bastará una sola autoridad: Sidonio cuenta que habiendo Mayoriano vencido á los francos, se encontraron en algunos carros todos los preparativos de una boda, la comida, los adornos y vasos coronados de flores. Apoderáronse los soldados de estos carros y de la novia, la cual era verosimilmente una reina de los francos, si se ha de juzgar por esta magnificencia.

Véase ahora como los campamentos estaban atrincherados con carros: «*Omnemque aciem suam (Germanorum) circum rhedis et carris circumdederunt.... eo mulieres imposuerunt.*» (Ces.)

XL.—Pág. 33. Tres hechiceras cubiertas de harapos.

Hay aquí una reunion de muchas cosas. Segun Tácito, los

germanos atribuian á las mujeres el espíritu de adivinación; los galos, como lo veremos mas adelante, tenían sus druidesas; estas se convirtieron despues en hadas (*Fatidica*), en hechiceras, etc.; de aquí las hechiceras de Macbeth. En cuanto á los augurios tomados de la carrera de los caballos, Tácito es mi autoridad: «*Propium gentis, equorum quoque praesagia at monitus experti publice aliantur iisdem memoribus ac lucis, candidi et nullo mortali opere contacti, quos pressos sacro curru sacerdos at rex vel princeps civitatis comitantur, hinnitusque ac fremitus observant.*» (TÁCITO, de *Mor. Germ.* X.) Acerca del dios Tuiston, dice también Tácito: «*Celebraut carminibus antiquis Tuistonem deum.*» (Id. II.)

XLII.—Pág. 33. Cuando hayamos vencido á mil guerreros francos....

Mille francos, mille sarmatas semel occidimus; mille.... Persas quaerimus.

FLAV., VOPISC., *in vit. Aurel.*

XLIII.—Pág. 33. Los griegos repiten en coro el Pæan.

El Pæan entre los griegos era, propiamente hablando, un canto ó himno cualquiera. Tómase aquí por el canto del combate; y como tal se encuentra en la retirada de los Diez mil y en otras partes.

XLIII.—Pág. 33. El himno de los druidas.

Es el canto de los bardos. Todo cuanto se ha dicho en nuestros tiempos acerca de los bardos, no es mas que una ficción originada por una frase de Estrabon, copiada por Arnimano Marcelino, y por dos ó tres frases de Diodoro. «*Bardiqui de laudationibus rebus quae poeticis student.*»

STRAB., lib. IV.

XLIV.—Pág. 33. Apretando sus broqueles contra su boca.

«*Nec tam voces illa quam virtutis contentu videntur. Adfectatur praecipua asperitas soni, et fractum murmur objectis ad os scutis, quo planior et gravior vox repercusu intumescat.*»

TÁCITO de *Mov.*, *Germ.* VIII.

XLV.—Pág. 33. Entonan el Bardito.

«*Sunt illis haec quoque carmina, quorum relatu quem barditum vocant, accendunt animos futureque pugnae fortunam ipsa cantu augurantur. Ferrent enim trepidantive, prout sonit acies.*» (Id., *Ibid.*)

Sajon el Gramático, el historiador de Suecia, Olao Wormio, en su *Literatura rúnica*, nos han conservado muchos fragmentos de los cantos de los pueblos del Norte, de que Carlomagno habia mandado hacer una coleccion. Yo he imitado aquí el canto de Ledbrog, añadiéndole un estrivillo y algunos pormenores sobre las armas, adecuados á mi asunto:

Pugnativimus ensibus.... etc., etc.
Virgo deploravit matutinam lanienam,
Multa praeda dabatur feris.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

mundo, hijo de Marcomiro.» «*Habiendo los francos pasado el Rin, dice Gregorio de Turs se establecieron al principio de la Tongria, donde crearon reyes de larga cabellera por territorios y ciudades. Cuenta el mismo en otro pasaje, que el jóven Clodoveo, hijo de Childerico, fue muerto á puñaladas y arrojado al rio Marne, por orden de su madrastra Fregunda; y que habiéndose detenido en las redes de un pescador, este, por su larga cabellera, no pudo dudar que fuese el hijo del rey. Agatias, historiador contemporáneo, refiere que Clodomira, hijo de Clodoveo, fue muerto en una batalla contra los burguiones, y reconocido despues entre los muertos por su larga cabellera; pues es un uso constante entre los reyes de los francos, añade él, el dejarse crecer el cabello desde la infancia, y no cortarlo jamás.... esta vedada á sus súbditos el llevar la cabellera larga y suelta, pues esta es una prerogativa de que solo goza la familia real.*»

XLVIII.—Pág. 34. Era de la raza de Rinfax.

Consúltense los Edas, la introducción á la historia de Dinamarca y á Sajon el *Gramático*, sobre la mitología de los escandinavos.

XLIX.—Pág. 34. Sobre su carro de corteza de árbol sin eje.

Es el trineo.

L.—Pág. 34. El abrasado aliento.

Esto se ha añadido despues de las dos primeras ediciones, y explica mejor el singular efecto de que hablo, y que puede observarse en un campo de batalla.

LI.—Pág. 34. Una insignia guerrera denominada la Oriflama.

Institucion francesa, usos y costumbres de los antiguos franceses, cuyo origen acaso leerán aquí con gusto los curiosos.

Dulcis reminiscitur Argos.

LII.—Pág. 34. Meroveo era considerado entre los francos como el fruto maravilloso del comercio clandestino de la esposa de Clodio y de un monstruo marino.

«*Morando Clodion durante el verano á la orilla del mar, quiso bañarse su mujer. Salió de las ondas un monstruo en figura de Minotauro, y se enamoró de la reina.... esta concibió y dió á luz un hijo, el cual se llamó Meroveo, y dió su nombre á la primera raza de los reyes de Francia.*» (*Epit. Hist. franc.*, Cap. IX, in D. BOUG.)

LIII.—Pág. 34. La ruca de una reina de los bárbaros.

Quando se abrió en San Dionisio el sepulcro de Juana de Borbon, esposa de Carlos V, se encontraron en él los restos de una corona, un anillo de oro, pedazos de brazaletes ó cadenas, un huso ó una ruca de madera dorada y medio podrida, unos zapatos muy puntiagudos, consumidos en parte, bordados de oro y plata.

LIV.—Pág. 34. A la manera que los galos cuelgan reliquias en las ramas del renuevo mas hermoso de un bosque sagrado.

Los antiguos no solamente colgaban ofrendas en los árboles, sino que también les ponian collares, como hizo Jerjes, que puso un collar de oro á un hermoso plátano. Cuenta Floro que Ariovisto el galo prometió á Marte un collar hecho de los despojos de los romanos. Peloutier observa muy ingeniosamente que Marte era el mismo que Júpiter Galo, cuyo simulacro era una gran encina, segun Máximo de Tiro. (PELOUTIER, lib. IV, cap. II, pág. 215, y lib. III cap. IV, pág. 22.)

LV.—Pág. 34. Hércules el Galo.

Las primeras ediciones dicen *Marte*; en esta he puesto *Hércules*, como mas característico del culto de los galos. (Véase á LUCIANO, *in Fercul. gallic.*)

LVI.—Pág. 34. ¡Valiente jóven! mereces llevar la señal del hierro al palacio de Teutates.

Teutates era un dios de los galos; las heridas eran una

señal de gloria: Respecto de la última parte de la frase, parece, según los Edas, un pasaje de Procopio sobre los godos; y según el testimonio de Solino, parece que los bárbaros del Norte se daban la muerte ó se hacían matar cuando habían llegado á la vejez; pero sobre esto no hay autoridades bastante respetables, pues es cierto que César, Tácito, Estrabon y Diodoro, nada dicen acerca de tal costumbre; en virtud de esto, sigo mas bien una mera tradicion que un hecho histórico.

LVI.—Pág. 34. No temo sino una cosa....

Esta es la respuesta que dieron unos diputados galos á Alejandro. (ARRIANO, lib. I, cap. I.)

LVII.—Pág. 34. La tierra que te cederé....

Respuesta de Mario á los cimbras. (PLUT. *in vit. Mar.*)

LIX.—Pág. 34. Cuyos dos garfios....

Sirvise principalmente de hachas de dos filos y de unos venablos, que no siendo muy grandes, ni tampoco muy pequeños, sino de mediano tamaño, son propios para lanzarlos desde lejos en caso necesario, y tambien para combatir de cerca. Están enteramente cubiertos de planchas de hierro, de modo que no se ve la madera. Mas abajo de la punta, hay unos garfios muy agudos y encorvados hácia abajo en forma de anzuelo. Cuando el franco se encuentra en una batalla, arroja este venablo.... Si el venablo no atraviesa mas que el escudo, se queda clavado en él y arrastra por el suelo por el extremo opuesto. Aquel contra quien ha sido lanzado, no puede absolutamente arrancarlo á causa de los garfios que lo retienen, ni tampoco cortarlo, á causa de las planchas de hierro que lo cubren. Cuando el franco ve esto, pone el pié sobre el mango del venablo, y pesa con toda su fuerza sobre el escudo, de tal modo que el brazo del que lo sostiene llega á cansarse, y descubre la cabeza y el pecho; entonces el franco puede matarle fácilmente, partiéndole la cabeza con el hacha ó atravesándole con otro venablo.

AGATIAS, lib. II, cap. III.

LX.—Pág. 34. Era el último descendiente de aquel Vercingetorix....

Vercingetorix era natural de Auvernia é hijo de Celtulo. Hizo sublevar todas las Galias contra Julio César, y le forzó á abandonar el sitio de Clermont. Despues de haber defendido largo tiempo á Alisa, se rindió finalmente al vencedor. César no nos dice si fue generoso con el héroe galo.

LXI.—Pág. 34. Le levantan sobre un escudo.

«Así que acababan de ser elegidos (los reyes ó duques de los francos), los levantaban sobre un grande escudo y los llevaban en hombros, haciéndolos saltar blandamente para mostrarlos al pueblo.» (MEZERAY, *av. Clovis.*)

LXII.—Pág. 34. Una cruz rodeada de estas palabras: *In hoc signo vinces.*

Este anacronismo que solo es de algunos años, se halla aquí para recordar el famoso lema del Lábaro.

LXIII.—Pág. 35. Contaron despues que divisaron al frente de esta legion una columna de fuego y de nubes y un caballero vestido de blanco.

Léese este milagro de los *Macabeos* en las *Actas de los Mártires*, en los historiadores de aquella época, y hasta en los de las *Cruzadas*. El original de este milagro se halla en los *Macabeos*.

LXIV.—Pág. 35. Allí un soldado cristiano muere aislado.

Esto está fundado en un hecho conocido del autor.

LXV.—Pág. 35. Conservaban aun en la muerte un semblante tan feroz....

Así lo dice Sidonio Apolinario en el *Panegírico* de Mayoriano.

LXVI.—Pág. 35. Se habian atado mutuamente con una cadena de hierro.

Circunstancia tomada de la batalla de los cimbras contra

Mario. Plutarco refiere que todos los soldados de la primera linea de aquellos bárbaros estaban atados unos á otros con una cuerda, para que no pudiesen romper las filas.

LXVII.—Los bárbaros exhalaban gritos.

«Todos los que habian escapado de la derrota de los ambrones, se mezclaron despues con ellos, y durante la noche daban horribles gritos que no parecían clamores y gemidos de hombres, sino ahullidos y bramidos de bestias feroces, acompañados de amenazas y lamentos, y que despedidos á un mismo tiempo por aquel enjambre de bárbaros, hacían resonar las montañas de los alrededores y de todo el canal del río. Aquel ruido espantoso atronaba toda la llanura; los romanos estaban sobrecogidos de pavor, y el mismo Mario no podía disimular su sorpresa.» (PLUTARCO, *in Vit. Mar.*)

LXVIII.—Pág. 35. Los francos habian cortado durante la noche las cabezas de los cadáveres romanos.

Léese un ejemplo notable de esta costumbre de los bárbaros en la descripción del campo de Varo por Tácito. Salviano (*de Gubernatione Dei*), Idacio, (en su *Chron. in Biblioth. Patr.*, tomo XII, pág. 1253), Isidoro de Sevilla, Victor, (*de persecutione africana*), etc.; hacen todos horribles descripciones de la crueldad de los pueblos que destruyeron el imperio romano; la cual llegaba hasta el extremo de degollar á los prisioneros en derredor de las ciudades sitiadas, para introducir en ellas la peste por medio de la corrupcion de los cadáveres. (VICTOR, *loc. cit.*)

LXIX.—Pág. 35. Una enorme pira compuesta de sillas de caballo.

Esto recuerda vagamente la resolución de Atila, despues de la pérdida de la batalla de Chalons. (JORNANDEZ de *Beb. Goth.*)

LXX.—Pág. 35. Las mujeres de los bárbaros, vestidas de túnicas negras.

«Stabat pro litore diversa acies, densa armis virisque, intercursantibus feminis, in modum furiarum, quæ veste ferali, crinibus dejectis, faces præferabant. Druidæque circum, preces diras sublatis adæolum manibus fundentes, novitate aspectus perculere militem.» (TACITO *Ann.*, XIV, 50). Las mujeres adelantándose contra ellos con espadas y hachas rechinando los dientes de rabia y dolor, y despidiendo horribles alaridos, hieren igualmente á los fugitivos y á los perseguidores, á los primeros como traidores, y á los otros como enemigos; se arrojan entre los combatientes, agarran las espadas de los romanos, les arrancan los escudos, reciben heridas, se dejan hacer pedazos sin cejar un paso, y muestran hasta la muerte un ánimo verdaderamente invencible. (PLUTARCO *in Vit. Mar.*) Allí se vieron los lances mas trágicos y espantosos que puedan imaginarse. Las mujeres, vestidas de negro, se habian subido á los carros, desde donde mataban á los fugitivos; unas á sus maridos, otras á sus hermanos, estas á sus padres, aquellas á sus hijos; y cogiendo á los niños de teta, los ahogaban con sus propias manos, y los arrojaban bajo las ruedas de los carros y los piéde los caballos, dándose ellas mismas en seguida la muerte. Dicen que una de ellas se ahorcó del extremo de la lanza de su carro, despues de haberse atado por el cuello á los talones, á dos de sus hijos. Los hombres, á falta de árboles para ahorcarse, se echaban al cuello un lazo que ataban á los cuernos ó á las piernas de los bueyes, y haciendo andar á aquellos animales, perecían desastrosamente ó ahogados ó pisoteados. (*Id. ibid.*)

LXXI.—Pág. 37. Meroveo se habia fabricado una navecilla de un ancho escudo de mimbres.

Los escudos de los bárbaros servían algunas veces para este uso, del cual se ve un ejemplo notable en Gregorio de Tours. Atalo, galo de ilustre nacimiento, siendo esclavo de un bárbaro en el país de Tréveris, se fugó de la casa de su amo atravesando el Mosela sobre un escudo (GREG. TURON., lib. III.)

LXXII.—Pág. 38. Una especie de subterráneo en que los bárbaros acostumbraban ocultar su trigo en tiempo de guerra.

«Solent et subterraneos pectus aperire, eosque multo insuper fimo onerant, suffugium hiemi et receptaculum frugibus.» (TACITO, *de Mor. Germ.*, XVI.)

El lector puede ahora conocer á fondo la causa del placer que quizá ha encontrado en este combate de los francos y romanos. Los que en pocas horas recorren una obra que al parecer solo es de pura imaginacion, ignoran sin duda el tiempo y el trabajo que ha costado al autor, cuando está concienzudamente escrita. Virgilio empleó muchos años en recoger los materiales para la Eneida y aun le parecia que no habia leído bastante. (Véase á MACROBIO.) Hay en nuestros días muchos que se ponen á escribir cuando apenas conocen su idioma y casi todo lo ignoran. Yo me hubiera abstenido de dar á conocer el caudal de mi tarea, si á ello no me hubiese obligado la mordacidad de los criticos. Muchos que en este combate de los francos no han visto mas que una brillante descripción, sabrán ahora que no hay en él una sola palabra que no pueda considerarse como un hecho histórico.

LIBRO SETIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 38. Venia acompañado de una mujer vestida con una túnica de hilo.

«Nec alius feminis quam viris habitus, nisi quod feminae sæpius lineis amictibus velantur, eosque purpura variam, partemque vestitus superioris in manicas non extendunt, nudæ brachia ac lacertos: sed et proxima pars pectoris patet.» (TACITO, *de Mor. Germ.*, XVII.)

II.—Pág. 38. Corregida por cierto hábito extraño de piedad y dulzura.

Superfluo sería advertir que esta mudanza de carácter habia sido ocasionada por la Religion Cristiana.

III.—Pág. 38. Da gracias á Clotilde.

Este es tambien un nombre histórico prestado, ó un anacronismo que guarda conformidad con los anacronismos precedentes.

IV.—Pág. 38. En una choza rodeada... por un círculo de tiernos arbolillos.

«Colunt discreti ac diversi, ut fons, ut campus, ut nemus placuit... Suam quisque domum spatium circumdat.» (TACITO, *de Mor. Germ.*, XVI. Véase tambien á HERODIANO, lib. VII.) En algunos parajes de Normandia construyen todavía los aldeanos sus viviendas aisladas en medio de un campo y las circuyen de un seto vivo plantado de árboles.

V.—Pág. 38. Una bebida grosera preparada con trigo.

Esta bebida es la cerveza; Estrabon, Amiano, Marcelino, Dion-Casio, Jornandez, Ateneo y otros, están unánimes sobre este punto. Según Plinio, la cerveza se llamaba *cervisia* por los galos. Las mujeres se lavaban la cara con la espuma de esta bebida. (PLINIO, lib. XXII.)

VI.—Pág. 38. La fetidez de las grasas mezcladas con las cenizas de fresno con que untaban sus cabellos.

Esto lo hacían para darles un color rojizo. Puede verse sobre el particular á Diodoro de Sicilia, lib. V; á Amiano-Marcelino, lib. XVII; á San Jerónimo, *vit. Hilar.*, etc.

VII.—Pág. 38. La escasa ventilacion de la choza.

«Yo me hallo, dice Sidonio, en medio de pueblos cabelludos, obligado á entender el lenguaje bárbaro de los germanos, y teniendo que aplaudir las canciones de un burguñon ebrio, que se unta los cabellos con manteca... Desde la mañana empiezo ya á oler ajos y cebollas, y este pestifero olor va á mas en lo restante del día.» (SID. APOL., *Cam. 12, ad Cat.*) Estos son nuestros padres.

VIII.—Pág. 39. Un asta de buey para sacar agua.

Es el asta del uoco, de que volverá á hablarse.

IX.—Pág. 39. He aquí, me dijo el esclavo, el bosque de Teuteberg y el campamento de Varo.

El terreno que ocupaba este campo conserva todavía el nombre de bosque de Teuteburgo. Véase aquí el admirable trozo de Tácito del que he hecho una traduccion abreviada,

que es la que forma mi testo: «Prima Vari castra: lato ambitu et dimensis principiis trium legionum manus ostentabant, dein semirito vallo, humili fassa, accise jam reliquæ concedisse intelligebantur. Medio campi albertia csa. ut fugerant, ut restiterant, disjecta vel aggerata. Adjacebant fragmina telorum, equorumque artus, simul truncis arborum antefixa ora; lucis propinquis barbaræ aræ, apud quas tribunos, ac primorum ordinum centuriones mactaverant, et cladis ejus superstites pugnam aut vincula elapsi, referabant, hic cidisse legatos, illic raptas aquilas; primum ubi vulnus Varo adactum, ubi infelici dextra et suo ictu mortem idvenerit; quo tribunali concionatus Arminius; quot patibula captivis; quæ scrobes; utque signis et aquilis per superbiam inluserit.» (*Ann.* 1, 61.)

X.—Pág. 39. Nadie se atrevió ni aun á llevar sus retratos á los funerales.

«Et Junia sexagesimo quarto post Philippensem aciem anno supremum diem explevit, Catone avunculo genita, C. Cassii uxor, M. Bruti soror... Viginti clarissimarum familiarum imagines antelatae sunt, Manlii, Quinctii, aliaque ejusdem nobilitatis nomina: sed præfulgebant Cassius atque Brutus, eo ipso quod effigies eorum non visebantur.» (TACITO, *Ann.* III, 76.)

XI.—Pág. 39. La legion Tebana.

Todo lo que se sigue en el testo está sacado de una carta de San Enquerio, obispo de Lyon (en Francia) al obispo Salvio. Encuéntrase tambien esta carta en las *Actas de los Mártires*.

XII.—Pág. 39. Los cuerpos de mis compañeros parecían despedir una viva luz.

La autoridad de este milagro se encuentra en el martirio de San Taraque (*Act. Mart.*) El Tasso ha imitado tambien este pasaje en el episodio de Suetonio.

XIII.—Pág. 39. Dionisio, primer obispo de Lutecia.

Seguendo á Fleury, á Tillemont y á Crevier, he puesto el martirio de San Dionisio, primer obispo de Paris, bajo el reinado de Maximiano, en el año 286 de nuestra era.

XIV.—Pág. 39. Esta colina se llamaba el Monte de Marte.

Se ve que he escogido entre los dos pareceres que hacen de Montmartre, ó el monte de Marte ó el monte de los Mártires.

XV.—Pág. 40. Desde entonces he permanecido esclavo aquí.

Nuestra religion, fecunda en milagros, ofrece muchos ejemplos de cristianos que se han hecho esclavos para librar á otros cristianos de la esclavitud, sobre todo cuando temian que estos perdiesen la fe al verse desgraciados. Bastará recordar al lector el ejemplo de San Vicente de Paul y el de San Pedro Pascual, obispo de Jaen, en España. (Véase el *Genio del Cristianismo*, tomo IV.)

XVI.—Pág. 40. Acostumbran esponerlos en las olas sobre un escudo.

Se lee, dice Mezeray, en dos ó en tres poetas, en el escoliador Eustacio, y hasta en los escritos del emperador Juliano, que los que habitaban cerca del Rin ponian á sus hijos sobre las aguas de este río, y solo tenían por legitimos los que no se anegaban. Algunos autores modernos han negado esta costumbre, y han sostenido que era una fábula inventada por los poetas; pero estos autores no se hubieran tomado tanto trabajo en refutarla, si hubiesen tenido presente que un epigrama griego dice que el padre ponía á sus hijos sobre un escudo. (AV. CLAV. pág. 54.)

XVII.—Pág. 40. Mi mas hermosa conquista es la de la jóven esposa de mi anciano amo.

El Cristianismo, merced á su espíritu de dulzura y humanidad, se ha difundido en el mundo mas particularmente por medio de las mujeres. Clotilde, esposa de Clodoveo, atrajo á este jefe de los franceses al conocimiento del verdadero Dios. (Véase á GREG. TUR.)